

Paris. D. Domingo

81-D-A-N 20

622

Ca 2569

Discurso presentado para su lectura, en los ejercicios del grado de Doctor, en la facultad de Medicina, por el licenciado Domingo  
Paris y Castellet.

1882





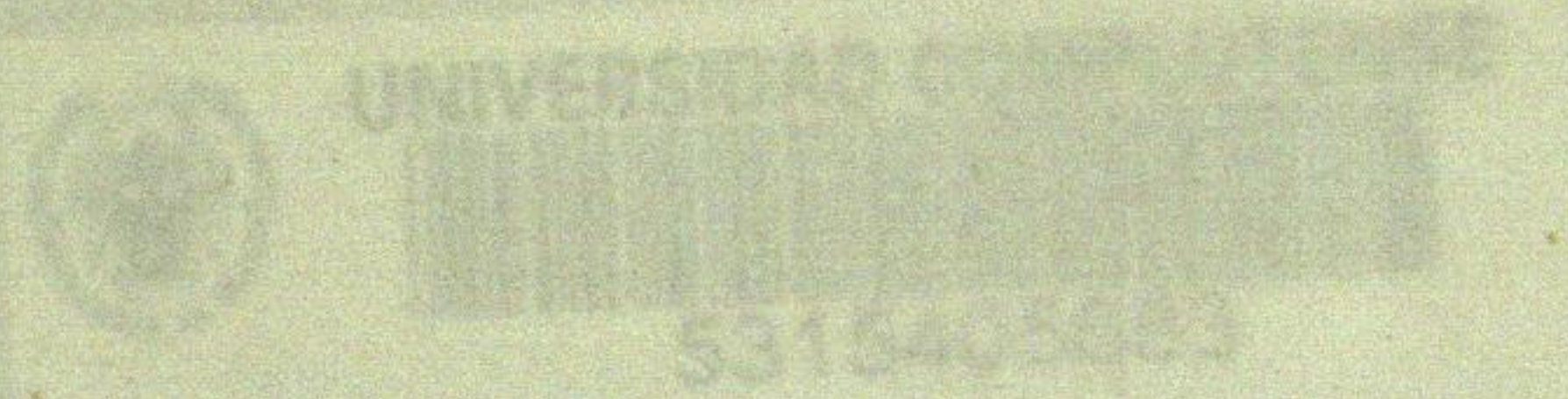
 UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
  
5315405683

*Consideracion aurea del ge-  
nero de vida, que hace la clase a-  
gricola, principalmente en lo que  
se relaciona con la Higiene  
Publica.*



l 18677599  
i 25853375





2

Ilustre Señor.



Un deber imprescindible me obliga hoy á molestar vuestra atención; ordinariamente ocupado en investigar y difundir por todas partes las dificultades, al par que útiles verdades, cuyo ordenado conjunto constituyen la ciencia médica, una de las más necesarias al hombre, puesto que principalmente se ocupa en colocarle en las condiciones más favorables,



para que pueda realizar su destino, enseñándole, lo que debe hacer para conservar y recobrar la salud, en cuyo estado es cuando puede dedicarse con aprovechamiento á conseguir el mayor grado posible de perfección tanto física como intelectual y moral, objeto sublime, para que ha sido creado y su única misión sobre la tierra.

Más si elevado es el objeto de esta ciencia, difícil también es su estudio, necesitando los que á él se dedican estar dotados de condiciones muy especiales, si han de poseerla bien;

2  
y de aquí, que sea una verdadera necesidad, aun para las inteligencias más privilegiadas, el dedicarse al estudio de una de las numerosas ramas, de que consta; para poder sobresalir en ella, y á pesar de esto son muchísimos los que se contentan con estar al corriente de los conocimientos ya adquiridos, y muy pocos los que á fuerza de perseverantes estudios, logran descubrir alguna importante verdad, que venga á aumentar el ya rico caudal de la ciencia.

Si esto sucede á esas in-



teligencias de primer orden, es  
tanto además colocadas en las  
condiciones más favorables. ¿Qué  
nos sucederá á los Médicos que  
ejercemos en poblaciones de redu-  
cido vecindario, obligados á sa-  
berlo todo; sin disponer de tiem-  
po, para dedicarnos al estudio,  
pues la mayor parte le absorbe  
la asistencia á los enfermos;  
sin tener á nuestro lado sabios  
maestros, que nos saquen de  
nuestras dudas; y hasta carecien-  
do de los recursos y de los medios  
más indispensables para ilus-  
trar nuestros entendimientos.  
Así es, que no teniendo nin-

gun descubrimiento importante,  
que someter á vuestra considera-  
cion, ni juzgándonos con bastan-  
te suficiencia para intervenir  
en la resolucion de los grandes  
problemas, que nuestra ciencia  
procura en el día investi-  
gar, y unicamente confiado  
en vuestra nunca desmentida  
benevolencia, trataré de ha-  
ceros una breve y sencilla des-  
cripcion, de aquellas cosas, so-  
bre las que, por verlas clara-  
mente, puedo emitir un juí-  
cio más acertado, y como na-  
da se presenta con más fre-  
cuencia á mi vista, que el



género de vida, que hacen los  
labradores, nada más natural,  
que el que procura manifestaros  
en lo que este consiste, fijando  
me más detenidamente en to-  
das aquellas costumbres, que  
más se opongan á los precep-  
tos higienicos. Y al elegir este  
tema, llevo tambien el su-  
manitario objeto de ver si con-  
sigo, que dispenséis vuestro  
elevada proteccion á esa nú-  
merosa y meritoria clase, su-  
mada en la miseria y la igno-  
rancia, verdaderas causas, de que  
desconociendo por completo  
la importancia de las reglas

que la higiene prescribe, hagan  
caso omiso de los consejos, que  
sobre tan interesante materia  
les da su Médico, considerando  
le en muchas ocasiones, como  
contrario á sus intereses, enas-  
do siempre debieran ver en él  
el un cariñoso y desinteresado  
amigo, dispuesto á arrostrar  
los mayores peligros por con-  
servarles la salud ó por ha-  
cersela recobrar, si desgracia-  
damente la han perdido.

Bien sabemos todos, que  
por regla general en la edifi-  
cacion de las poblaciones rura-  
les no se ha tenido nada en



eventa ó cuando más, el situar  
las en condiciones favorables, pa-  
ra hacer con la mayor como-  
didad posible las labores del  
campo. Así es, que ni la cla-  
se del terreno sobre que se as-  
ientan; ni su orientación  
más ó menos conveniente; ni  
la dirección ni anchura de  
sus calles y plazas; ni su  
mayor ó menor proximidad  
á ciertos focos miasmáticos,  
principalmente de emana-  
ciones palúdicas; ni nada  
en fin de cuanto en ellas se  
observa, está en armonía, con  
lo que sobre estas particula-

res aconseja la higiene; sin-  
do esta la primer causa de su  
salubridad de dichas poblaciones.  
Pero aun suponiendo, que por  
un feliz acaso el pueblo este coló-  
ficado en un sitio conveniente,  
bien pronto esta ventaja desapa-  
rece por la incuria de sus mo-  
radores, que colocando en el pueblo  
ó en las inmediaciones á él los ex-  
crementos, establos, muladaros, char-  
cos cenagosos &c. le envuelven en  
una atmosfera mepítica capaz  
por sí sola de desarrollar ciertas  
enfermedades y de servir cuando  
menos de vehículo, para la  
propagación de toda clase de



epidemias. Y con efecto pue-  
blos hay, que tienen los cemen-  
terios en el centro ó pegando  
con las casas ó situadas de tal  
modo, que vierten en la vía pú-  
blica las aguas pluviales sa-  
turadas de los despojos huma-  
nos: los muladares se hallan  
situados en las entradas del  
lugar ó delante de las casas:  
los animales muertos son ar-  
rojados en la vía pública ó  
muy cerca de ella; los escrementos  
humanos y los de los irracio-  
nales están en las calles á lo  
largo de ellas: por todas  
partes hay charcos con aguas

deterioradas; y para concluir  
haré la observacion de que  
muchos pueblos carecen de  
fuente, no teniendo otro re-  
curso, que beber las aguas  
de los pozos impurificadas  
con todas estas sustancias.

Y dicho se está, que los que  
de este modo proceden, no se  
ocupan en poner en practi-  
ca todos aquellos medios, que  
contribuyen al saneamiento  
de las localidades, tales como  
la construccion de un buen  
sistema de alcantarillas  
y cubrir las calles con buenos  
empedrados; el verificar plan



taciones sabiamente dirigidas;  
el cegar los sitios pantanosos,  
ó dar salida á las aguas es-  
tancadas, y el dotar la pobla-  
cion de buenas y abundantes  
aguas, lo que tanto contribuye  
á la limpieza individual y  
publica.

Y si del pueblo en gene-  
ral pasamos á ocuparnos de  
las casas, que le constituyen,  
veremos aumentar considera-  
blemente los peligros para  
la salud. Efectivamente  
más del ochenta por ciento de  
ellas, no son más que verda-  
deras tabernas, en donde vi-

ven hacinaos y revueltos,  
una porcion de seres de todas  
clases. Edificadas sobre el mis-  
mo suelo, sin tener cuevas ni  
 sótanos convenientemente dis-  
puestos, para sanear las ha-  
bitaciones inferiores, mismas  
de que suelen constar, nada  
pues, tiene de extraño, que los  
muros y los pisos se hallen  
impregnados de las aguas  
cenagosas, que se filtran de  
las calles y los corrales.

Estas mismas viviendas  
sumamente húmedas y des-  
templadas, aumentan cuando  
más con tres ó cuatro pueras,



en donde pasan la noche cua-  
tro ó cinco personas, que no  
disponen ni aún de la ración  
de aire, que una sola necesita;  
y un aire de antemano vicia-  
do con las emanaciones, que  
se desprenden de los alimen-  
tos, en ellas almacenados; con  
los miasmas de las caballeri-  
as y con los productos de u-  
na combustión incompleta,  
verificada en hogares primi-  
tivos; así es, que no hay cosa  
más natural, que en los que  
tal aire respiran, se desarro-  
llen con mucha frecuencia  
fiebres de carácter tífico. y

esta también es la principal  
causa, de que en las pequeñas  
localidades se ceban con tanta  
crueldad las epidemias, que  
se originan en los grandes cen-  
tros de población.

De vestidos no andan  
mejor; las ropas exteriores cal-  
zon ó pantalón, chaleco y  
chaqueta, son de lana bruta;  
en algunas comarcas se visten  
con pieles sobadas, usándolas  
hasta el último extremo: al-  
gunos gastan medias ó paté-  
nes de lana; el calzado más ge-  
neralmente usado es la al-  
pargata abierta, en verano,



y las abarcas, en invierno: se  
usa faja, que se arrollan en la  
cintura, y un pañuelo ó una  
montera, con que se cubren la  
cabeza completan su traje  
exterior; interiormente gastan  
camisa y calzoncillos de retón  
ó de lienzo cuyas prendas se  
mudan con poca frecuencia.

Si á esto se une la po-  
ca limpieza, que estas gentes  
tienen, pues hay muchos, que  
nunca se lavan, ni cara, ni  
manos, ni pies, ni se peinan  
el cabello, con lo que dicho se  
está; que menos cuidaran  
del aseó de demas partes de su

cuerpo, no debe admirarnos,  
que en todo él, anden y pu-  
sulen infinitad de parasi-  
tos de todas clases.

Si de este modo cuidan  
de sus personas. ¿cómo cui-  
daran de sus habitaciones  
y lechos? Estos suelen consis-  
tir en un tablado, un jergón,  
dos mantas y una almohor-  
da; algunos ademas tienen  
un etico colchon y sabanas  
de lienzo, que mudan cada  
tres ó cuatro meses, y otros las  
reservan para casos de enfer-  
medad: siendo de advertir,  
que por regla general los hijos



no duermen en cama, pues, para tener cuidado de las caballerías, se acuestan en las cuerdas sobre sacos llenos de paja ó en unas tingladas, que ellos mismos llaman camastros.

En muchas de aquellas reina la mayor suciedad, bastando decir, que no es raro ver colgados en las vigas de las alcobas donde duermen los embutidos y el tocino salado, y las patatas amontonadas debajo de la cama.

La alimentación del labrador es muy deficiente y frugal; muy pocas veces

come carne y casi nunca prueba los pescados frescos. Su ración ordinaria es la siguiente: se desayuna con una copa de aguardiente, almuerza unas patatas guisadas ó sopas de ajo, ó gachas ó un poco de arroz con bacalao: come un cocido de judías con patatas ó berzas y un poco de tocino ó manteca rancia, y cena patatas fritas ó una ensalada de lentejas ó judías. Lo que mas consume es pan de trigo ó centeno, segun la comarca, y vino, lo que constituye realmente la base



de su alimentacion. Estas  
pobres gentes son felices si  
cada año logran matar un  
cerdo, porque aseguran la  
racion de grasa, que tan ne-  
cesaria les es, para sanar  
las sustancias vegetales, de  
que tanto uso hacen. Tal  
es su alimentacion ordinaria;  
pero si tienen ocasion  
cometen los mayores excesos,  
y los que les hemos visto co-  
mer en dias de funcion, nos  
asombra la elasticidad de su  
estomago, solamente compa-  
rable a la voracidad de su  
apetito. Pero en cambio si

el año ha sido escaso, lo que  
sucede con bastante frecuencia,  
pasan los mayores apuros, pa-  
ra procurarse la racion y mu-  
chos hay que, en llegando la  
primavera, no comen mas, que  
ciertas yerbas, que el campo  
arroja.

Sus diversiones son sencil-  
las y consisten en juegos cor-  
porales, como el de la pelota,  
la barra y los bolos, cuando  
son jovenes, y cuando viejos  
juegan a los naipes: no jue-  
gan dinero, juegan, vino, con  
el que, aun cuando por poco  
tiempo, logran olvidar todos



8  
sus pesares.

Al es pues la vida material de la mayor parte de nuestros labradores, cuya profesion les obliga á ejecutar los trabajos mas violentos, para cultivar la tierra, expuestos á todas las inclemencias del tiempo: asi es que unicamente se comprende puedan soportarlos sin grave menoscabo para su salud, á fuerza de la costumbre, que desde su niñez adquieren.

Con respecto á ilustracion y moralidad muy poco tenemos que decir: el

mayor numero de nuestros labradores, no saben leer, ni escribir. En punto á religion y politica creen, lo que les dicen y obedecen, al que manda, sin hacer nada por su parte por ilustrarse en tan importantes materias. Conocimientos de otras clases no poseen ninguno, pues hasta la labor la practican de un modo rutinario, sin tener noticia de los adelantos modernos; y aun es más, que ni desean tenerla.

Si algo les gusta leer son las coplas, que venden



los ciegos, creyendo como artículo de fe las mil mentiras, que en ellas se refieren; con lo que en vez de ilustrarse aumentan las tinieblas de sus entendimientos.

En punto á moralidad hay que tener en cuenta, que los labradores no son gentes tan sencillas, como muchos creen: tambien entre ellos moran las malas pasiones, principalmente la avaricia; la venganza, que ejercen sobre las cosas cuando con el dueño no pueden; la inclinacion al robo, especialmente de las cosas que hay

en el campo: suelen ser egoistas y desconfiados y si su posicion es algo desahogada les domina el orgullo, lo que engendra el caciquismo, tan perjudicial á la vida de los pueblos.

Su inercia les hace ser poco caritativos, considerando como una carga pesada á cualquier miembro de la familia, que esta impedido para el trabajo.

Los padres aprecian á los hijos por el producto, que ellos pueden sacar; pues si los mandan á la escuela, es



porque una ley les obliga  
á ello, cuando llegue el tiem-  
po, en que esta ya no les obli-  
ga, para sacarlos y dedicarlos  
á las faenas del campo, lo que  
es causa de que no reciban  
una buena y solida educa-  
cion, de que tanto necesita-  
ran en epoca no muy lejã  
na.

La falta de ilustracion  
les hace cometer mil desatinos  
en todos los asuntos, pero muy  
especialmente cuando se trata  
de su salud, despreciando las  
prescripciones facultativas, e  
endiendo en cambio á con-

sultar á los curanderos y á  
ciertas mugeres, que con las  
bendiciones, que los echau y  
los brebages, que les propinan  
les curan el mal de ojo, causa  
de todos sus males. Son muy  
amigos de usar amuletos, cre-  
yendo ciegamente en su efi-  
cacia. Y lo mismo son quan-  
do en la comarca se presenta  
algun perro rabioso se apre-  
suran á llevarlos ante el  
Saludador, al que tambien  
ellos acuden, con mas confian-  
za que al Medico, si han teni-  
do la desgracia de ser mordidos.  
Las enfermedades, que



con mas frecuencia los labro-  
dors padecen son, las fiebres e-  
senciales de caracter inflama-  
torio, catarral, gastrico y tifoí-  
deo, y las de tipo intermiten-  
tes y remitente; las inflama-  
ciones agudas del aparato  
respiratorio y del tubo di-  
gestivo; las afecciones reumá-  
ticas; y bastantes fracturas  
y luxaciones, producida por  
los golpes, que sufren al caer  
de sus caballerias ó al recibir  
las coes, que estas saeuden.

Tampoco son raras las of-  
talnias y las fiebres eruptivas  
que por lo comun toman

la forma epidemica, siendo  
casi siempre importadas de  
alguna Ciudad. Obser-  
vase entre ellos muy pocos  
casos de sarna y de sifilis,  
que casi siempre recaen en  
licenciados del ejército ó en no-  
drinas, que amamantan ni-  
ños procedentes de las Fuelle-  
sas, en cuyos establecimien-  
tos tienen por cierto muy  
poco cuidado en reconocerlos  
y ver si están sanos ó pade-  
cen alguna enfermedad  
contagiosa; importandolos,  
por lo visto, muy poco los  
graves perjuicios, que un



niño sífilítico puede acarrear á toda una familia, como yo he tenido ocasion de observar repetidas veces.

Entre ellos son raras las escrófulas, la tisis, el cáncer, el raquitismo, las enagenaciones mentales, las inflamaciones agudas de los centros nerviosos, la miopia, y en general todas las afecciones de marcha crónica.

En algunas comarcas suelen padecer por pelagra.

El termino medio de la mortalidad en un quinquenio de los habitantes del

campo es segun todos los higienistas algo menor, que el de los Ciudadanos; y la diferencia seria mucho mas notable en favor de aquellos, si disfrutaran del mismo regimen alimenticio, que estos, estando además en igualdad de circunstancias respecto á habitacion, como vestidos y á asistencia facultativa, porque se hallan libres de muchas causas de muerte, que á aquellos asedian, como las pasiones violentas, los trabajos intelectuales, la hijuria precoz y la ambicion.



La clase agrícola su ministra muy poco contingente à las estadísticas del crimen: los delitos, que con más frecuencia cometen, consisten en hurtos de las cosas del campo, y en lesiones materiales, que se infieren en riñas, que arman por quitarse las aguas para regar ó por cosa semejante, ó cuando tienen la cabena algo de alcoholada con el vino, á cuya bebida suelen ser demasiado aficionados. No se cometen por dicha clase esos crímenes espantosos, que tan triste celebridad dan à muchos in-

dividuos de otras profesiones.

Ahora bien, habiendo ya manifestado todo lo más interesante sobre el género de vida, que hacen los labradores y habiendo también enumerado las principales causas de insalubridad de las poblaciones rurales, restame para terminar, decir, lo que según mi pobre opinión, debiera hacerse para mejorar la condición de estos desgraciados; y para lograr, que ellos mismos restituyan à sus pueblos todas las buenas condiciones higiénicas, de las que por causa de su



inecua y falta de ilustración los habian despojado.

Lo primero en su mayor parte incumbirá á los Gobiernos: estos tienen la obligación moral de rebajar los enormes impuestos, que sobre las producciones del campo gravitan, motivo principal de la miseria, que entre los labradores reina: de este modo podrian hacer algun ahorro, que emplearian ventajosamente en mejorar su habitacion, su regimen alimenticio, sus vestidos y demas enseres. Deben ademas do-

tarles de un buen personal de Medicos y Farmaceuticos titulares; y completarian su benéfica obra, si favorecen la creacion de bancos agricolas, que presten á un modico interes, para matar la usura, cancer que corroee las entrañas del organismo social; si construyen buenos caminos para dar pronta y facil salida á los productos del campo; si conceden ciertos premios, á los que mejor cumplan las reglas higienicas; si emprenden ciertas obras de saneamiento, que por ser muy costosas, los que



ellos no podrían emprenderlas por sí solos; y finalmente, si favorecen la religión y la enseñanza, para que en cada pueblo pueda haber un Sacerdote virtuoso y un Maestro ilustrado, que les enseñen á ser morales é instruidos.

Esta mayor comodidad é ilustración redundaría muy pronto en bien de la salud individual y pública, pues sabido es, que cuanto más ricas é ilustradas son las personas y las naciones, más se preocupan por cumplir los preceptos higiénicos; por que

saben, que de este modo lograrán vivir más tiempo y con más comodidades, que es lo que constituye el principal objeto, que en esta época en que vivimos, se propone la mayor parte del género humano.

Pero en la actualidad el medio más breve y expedito para alcanzar este resultado sería obligar á las autoridades locales, á que cumplieran é hicieran cumplir á sus subordinados todas las leyes y reglamentos de sanidad y conceder á los Médicos titulares ciertas



atribuciones e independencia de que en la actualidad carecen. Pero ya que esto no está en nuestra mano el ordenarlo, tenemos cuando menos el deber de decir a los labradores, que sus intereses se confundan con los de la higiene y que todas las faltas, que contra esta cometan, redundarán en contra de su bolsillo.

Y para demostrarlo, no tenemos mas que fijarnos en varias de las muchas causas, con que impurifican sus pequeñas localidades, siendo la primera y principal la

producción de abonos, necesidad constante de la agricultura; y la segunda y no menos importante, su negligencia en dar libre curso a las aguas encharcadas. Fijemos nos en la primera y digámosles: si vosotros supierais, que abandonando vuestra ciega rutina y en vez de tener los abonos amontonados indefinidamente en las cuadras y establos ó en las puertas de vuestras casas, los fabricais con arreglo, a lo que la ciencia prescribe, no os privarais de mas del cincuen-



ta por ciento de la porcion  
activa de los mismos, sin con-  
tar la inmensa cantidad  
de gases, que de ellos se despren-  
den, tan perjudiciales á nues-  
tra salud como útiles á la  
agricultura, estamos seguros,  
que os apresurariais á sacar-  
los de vuestras habitaciones  
y los llevariais á vuestros cam-  
pos, para estenderlos en ellos;  
y allí completando su fer-  
mentacion enriquecerian  
vuestras tierras, con muchisi-  
mos principios utiles, que a-  
hora se desperdician; ó enan-  
do menos los colocariais muy

2  
lejos y en terrenos hondos  
e impermeables resguarda-  
dos de la accion del aire pa-  
ra impedir toda clase de  
perdidas. Ahora os diremos  
del valor de las orinas, que des-  
perdiecis, con las cuales po-  
driais, abonar muchas hecta-  
reas de terreno, é impediriais  
se filtrasen en los pisos y  
paredes de vuestras casas, evi-  
tandoos cuando menos la  
molestia de sentir los olores  
fuertemente amoniacales,  
que aquellas desprenden. Si  
respecto á la segunda os ma-  
nifestaramos, que de una a



guas estancadas se desprenden sus emanaciones deletéreas, que introducidas en vuestros organismos os producirían terribles enfermedades y quizás la muerte, abreviando cuando menos el término medio de la duración ordinaria de vuestras existencias; y si además os digéramos, que esas aguas envenenadas están cubriendo fértiles terrenos, que para producir abundantes frutos, no esperan más que los libris de ellas y los metáis en labor; estamos convencidos, que muy luego y bajo una inteligente

dirección procuraríais dar la salida, destruyendo así el germen de tantos males y procurando también un notable aumento á vuestros intereses. Y si continuaríamos practicando el mismo análisis de todas las demás causas, que vosotros mismos oponéis á la salud, siempre veríais, que ganabais destruyéndolas; y sacaríais en resumen la consecuencia, de que para vivir muchos años, gozando de salud, de riquezas y de felicidad, no hay que hacer más, que cumplir estrictamente todo cuanto pres-



eribe la higiene única cien-  
cia, que marca el verdadero  
grado del perfeccionamien-  
to social.

He dicho.



Madrid 20 Diciembre  
1882

Domingo Peris

---